

## ORACIÓN

Por tu bondad, Señor y Hermano Jesús:  
Concédenos escuchar tu Palabra con el corazón abierto y con nuestro ser entero orientado a Ti.  
Haz que nos sea: luz en el caminar de nuestra vida, fortaleza en la lucha diaria, nuestro gozo en los sinsabores de nuestra existencia. AMEN.

## TEXTO

### MARCOS 3,20-35

«<sup>20</sup>Y se va a casa, y de nuevo se reúne **la muchedumbre** de manera que no podían ni comer pan.

<sup>21</sup>Y **sus familiares**, oyéndolo, salieron para agarrarlo, porque decían: “¡Está fuera de sí!”.

<sup>22</sup> Y **los escribas** que habían bajado de Jerusalén decían: “Tiene a *Beelzebul* y con el poder del *Príncipe de los demonios* expulsa a los demonios”.

<sup>23</sup>Y, llamándoles a él, les hablaba en parábolas: “¿Cómo puede *Satanás* expulsar a *Satanás*? <sup>24</sup>Y si un reino está dividido contra sí mismo, ese reino no puede mantenerse. <sup>25</sup>Y si una casa está dividida contra sí misma, esa casa no puede mantenerse. <sup>26</sup>Y si *Satanás* se ha levantado contra sí mismo y está dividido, no puede subsistir, sino que tiene su fin.

<sup>27</sup> Pero nadie puede, entrando en la casa del *fuerte*, saquear sus posesiones, si primero no ata al *fuerte*; y entonces saqueará su casa.

<sup>28</sup> En verdad os digo que todo se les será perdonado a los hijos de los hombres, los pecados y cuantas blasfemias blasfemien, <sup>29</sup> pero el que blasfeme contra el Espíritu Santo no tiene perdón jamás, sino que es reo de pecado eterno”.

<sup>30</sup> Porque decían: “¡Tiene un espíritu impuro!”.

<sup>31</sup>Y viene **su madre y sus hermanos** y, quedándose **fuera**, mandaron a por él, llamándole.

<sup>32</sup>Y **una muchedumbre** estaba sentada en torno a él, y le dicen: “He aquí que **tu madre y tus hermanos** [están] **fuera**, te buscan”.

<sup>33</sup>Y, respondiendo, les dice: “¿Quién es **mi madre y mis hermanos?**”.

<sup>34</sup>Y, mirando en torno a los que estaban sentados en torno a él, en corro, dice: “Mirad **mi madre y mis hermanos**. <sup>35</sup> Porque el que haga la voluntad de Dios, ese es **mi hermano y mi hermana y mi madre**”».

## COMENTARIO

- La sombría conclusión de la lista de los Doce discípulos, que termina con Judas, el que le traicionará, conduce a una pequeña serie de historias que ponen de relieve la oposición a Jesús por parte de su familia y de los escribas. Es prácticamente seguro que Marcos ha sido el responsable de que el texto sobre la oposición de los escribas (3,22-30) haya quedado incrustado entre las historias que ponen de relieve la ruptura de Jesús respecto a su propia familia (3,20-21 y 3,31-35). Esa técnica de «emparedado» es típica de Marcos (cf. 2,1-12; 5,21-43; 6,14-29; 11,12-25; 14,54-72).

La composición presente de Marcos está estructurada en forma de quiasmo (A-B-B-A) en torno a la parábola del hombre fuerte en 3,27:

A) 3,20-21: parientes de Jesús

B) 3,23-26: le acusan de actuar como agente diabólico

C) 3,27: parábola del hombre fuerte

B') 3,28-30: le acusan de actuar como agente diabólico

A') 3,31-35: parientes de Jesús

El carácter *central* de la parábola del hombre fuerte no es accidental, porque deja al desnudo *la causa subyacente* de la oposición contra Jesús, tanto de su familia como de las autoridades religiosas: aquí viene a expresarse la división radical y la fiera enemistad entre Jesús y las fuerzas demoníacas que esclavizan a la humanidad y que la vuelven ciega para el auténtico bien.

- 3,20-21: El pasaje comienza con la entrada de Jesús en una casa, después que él ha morado en una montaña con el recién fundado grupo de los Doce. No se especifica la ubicación de la casa, pero se puede suponer que está cerca o en el mismo Nazaret, porque aparecen rápidamente la madre y los hermanos. La presencia de Jesús atrae de inmediato a una multitud, y Jesús y los Doce se encuentran tan ocupados en atender a los que vienen que no tienen ni tiempo para comer.

Los miembros de la familia de Jesús llegan a la conclusión de que está enloquecido. Es difícil penetrar en la razón que les ha llevado a pensar así. El hecho de que Jesús ha llegado a ser tan popular que le buscan sin cesar ¿acaso puede significar que se ha vuelto loco? De todas formas, la reacción de los familiares es semejante a la de otras personas del evangelio que interpretan las buenas obras de Jesús en un sentido negativo. En el siguiente versículo los escribas presentarán los exorcismos como evidencia de una contaminación diabólica y en 6,1-6 sus paisanos reconocerán sus milagros y su sabiduría, pero se escandalizarán frente a ellos. Sea como fuere, la evaluación desfavorable de la familia de Jesús, que desemboca en un fuerte veredicto, queda reforzada por la yuxtaposición de ese veredicto con la opinión semejante de los enemigos constantes de Jesús, que son los escribas. Más aún, el gesto de la familia que quiere agarrar con violencia a Jesús (*kratésai*), con la clara finalidad de impedirle que actúe, anticipa el uso del mismo verbo para aludir a los esfuerzos de los enemigos de Jesús cuando le arrestan (cf. 12,12; 14,1.44-45).

Estos rasgos muestran que Marcos es el más duro de todos los evangelios cuando pinta la relación de Jesús con su familia, y resulta interesante saber qué razón tiene para ello. En algún sentido el retrato que Marcos ofrece de las tirantes relaciones entre Jesús y su familia debe responder a un fondo histórico. Nos hallamos ante un tipo de historia que la Iglesia probablemente no habría creado por sí misma, pues parece colocar tanto a Jesús como a su familia bajo una luz dudosa. Por otra parte, Jn 7,3 apoya el tema central de esta historia, diciendo que los hermanos de Jesús no creían en él. La familia de Jesús, y quizá incluso sus discípulos, *pueden representar* a la Iglesia judeocristiana de Jerusalén, observante de la Ley mosaica, contra la cual está luchando Marcos, quien aparece como representante de un cristianismo gentil que no se siente obligado por el cumplimiento de la Ley.

Sin embargo, un factor que quizá ha influido aún más es probablemente el hecho de que algunos cristianos de Marcos han tenido que romper con los miembros de sus propias familias. La acusación de la locura en contra de Jesús resulta semejante a la acusación que a menudo se lanzó en contra de la salud mental de los primeros cristianos. Esta explicación es apoyada en la forma en que, en el conjunto de la narración de Marcos, aparece enmarcada la referencia a la tensión de Jesús con su familia (tanto en nuestro pasaje como en 6,3), situándose entre dos referencias a los discípulos que tienen que abandonar a sus familias, como aparece en 1,18-20 y en 10,28-31. En el último caso, Jesús alaba a los que han dejado a sus familias «por mi causa y por el evangelio», prometiéndoles que recibirán una nueva familia «con persecuciones». El matiz de la persecución familiar aparece de nuevo en 13,12-13, donde Jesús predice que algunos de sus discípulos serán entregados a muerte, a traición, por sus propios parientes y serán «odiados por todos, a causa de mi nombre».

Estas profecías reflejan probablemente unas experiencias de alienación familiar y de persecución que resultaban comunes entre los primeros cristianos y, en este contexto, la visión de 3,31-35, donde Jesús tiene problemas con su propia familia, produciría un tipo de «shock» de identificación y de reconocimiento en algunos de los miembros de la comunidad de Marcos. Esta escena les recordaría también el aspecto escatológico de su situación presente, dado que los textos apocalípticos interpretan la ruptura respecto de los miembros de la familia como uno de los sufrimientos del tiempo final, un sufrimiento que tiene que ser soportado hasta que Dios acorte los últimos días y salve a su pueblo (13,13.20). Si el mismo Jesús no quedó libre de esta prueba escatológica, ¿cómo podrían evitarla los cristianos de la comunidad de Marcos!

- 3,22-26: La imputación de la familia, que acusa a Jesús de locura, es grave. Pero más grave y de mayor malicia es la acusación de los escribas, cuando afirman que Jesús realiza sus exorcismos con la fuerza de Beelzebul. Esta acusación de brujería conlleva una posible pena de muerte. La visión negativa de los escribas aparece destacada por el hecho de que ellos «han bajado de Jerusalén». En los textos bíblicos, «bajar» es con frecuencia un concepto negativo y, para Marcos, Jerusalén es un lugar que lleva una connotación desfavorable, dado que es la ciudad donde Jesús será condenado a muerte, será flagelado y crucificado, y la ciudad que, a consecuencia de eso, será destruida (cf. 12,6-9; 13,1-2).

La acusación específica de los escribas es que la habilidad que Jesús tiene de realizar milagros, habilidad que ellos no niegan, proviene de una fuerza demoníaca y no de una fuente divina. Él expulsa demonios con la fuerza de Beelzebul, el príncipe de los demonios. Los lectores de Marcos saben que esta acusación es falsa, pues los mismos demonios han reconocido en 1,24 que Jesús no tiene nada en común con ellos. Sin embargo, es una acusación que resulta comprensible, dada la ambigüedad moral de los milagros y de otros fenómenos carismáticos. Por eso, el Antiguo Testamento y las tradiciones judías intentan ofrecer criterios para distinguir los carismas divinos de los demoníacos. La respuesta básica consiste en afirmar que una actividad carismática que se mantiene en conformidad con la Ley resulta buena; por el contrario, una actividad carismática que aparta al hombre de la Ley viene a concebirse como expresión de extravío y recibe la connotación de magia o acción diabólica. Los que realizan una actividad de ese tipo son dignos de ser condenados a muerte (cf. Dt 18,19-20 y Filón, *Leyes Especiales* 4,50-52). Por eso, es probable que la misma actitud de Jesús ante la Ley llevó a los escribas a pensar que sus exorcismos y otras curaciones debían proceder de un influjo demoníaco; de un modo significativo, la acusación por la que los escribas acusan a Jesús de pacto con Satán (en 3,22) viene *después* de su controversia con ellos en torno a la Ley (en 2,1-3,6).

Jesús rechaza con firmeza esa acusación, convocando a los escribas, como si fuera a un juicio legal, para que aclaren lo que dicen. Jesús les refuta «en parábolas», en plural, aludiendo así a los dos textos: a) a las comparaciones individuales que hallamos en 3,24-27 (reino y casa divididos y hombre fuerte); b) y al juicio de tipo proverbial que aparece en 3,28-30. Las parábolas aparecen introducidas por una pregunta retórica: «¿Cómo puede Satán expulsar a Satán?» (3,23). La absurdidad de la acusación de los escribas queda después destacada por la parábola del reino dividido y la casa dividida (3,24-26), que combina la imagen del dominio de un rey sobre su reino (3,24) con la de un dueño de casa sobre su casa (3,25). Esta combinación resulta bastante natural en un contexto helenista, donde las dos esferas de autoridad (reino y casa) se encontraban vinculadas con frecuencia (cf. 1Pe 2,13-3,12). Así que si Jesús estuviera expulsando demonios con la fuerza de Satán, esto significaría que Satán se habría levantado en contra de sí mismo, de manera que su reino y su casa se hallarían divididos y que su reino estaría acabándose. Pero resulta claro que el reino de Satán no se está acabando, lo que demuestra que los exorcismos de Jesús no son una expresión de que Satán se encuentre en guerra en contra de sí mismo (3,23-26).

La parábola del hombre fuerte (3,27) presenta a Satán como un cautivo encadenado por Jesús, el victorioso.

Las parábolas del reino y de la casa dividida se encuentran subordinadas a la parábola del hombre fuerte, que está *en el centro* de la estructura concéntrica del conjunto del pasaje. Marcos mantiene las parábolas del reino y de la casa dividida, porque son importantes para refutar la acusación de los escribas, que aseguran que Jesús tiene un pacto con el Diablo, pero les ha querido dar un *sentido nuevo*. Esas parábolas no indican si el reino de Satán *ha caído o no*, sino *la forma* en que está siendo destruido. Más en concreto, muestran que el reino de Satán no se está autodestruyendo (por lucha interior de Satán contra sí mismo), sino que está siendo devastado por una fuerza exterior, es decir, por el poder de Dios que actúa a través del mismo Jesús.

- 3,27: La parábola del Fuerte, que es el último argumento, aparece con toda fuerza en el momento culminante del pasaje (3,27). De un modo *provocativo*, que es propio de sus parábolas, Jesús compara sus propias acciones con las de un personaje de tipo transgresor: en este caso, un ladrón que irrumpe en la casa de un hombre, al que le ata y que le roba sus bienes. Conforme a la alegoría creada por esta parábola, Satán es el dueño fuerte de la casa (cf. 3,25), pero Jesús es uno Más Fuerte, que ha invadido el

reino de Satán, que le ha amarrado de un modo fuerte y que ha saqueado sus bienes (cf. 1,7), unos bienes que son los mismos seres humanos a los que Satán había previamente poseído. En este contexto, la parábola revela que los exorcismos de Jesús demuestran que el reino de Satán toca a su fin (cf. Mc 3,24) y que ha irrumpido el reino de Dios. En el fondo de las vivas imágenes de Mc 3,27 subyacen varios textos del Antiguo Testamento sobre el poder liberador -y destructor del mal- de Dios (Is 49,24-25; Sal 68,19; y es el tema central de los relatos del Éxodo). Los exorcismos de Jesús constituyen una señal de que la nueva era de Dios está llegando y de que él (Jesús) es el agente destinado para su llegada.

- 3,28-30: Tras refutar la acusación contra él, Jesús pasa a la ofensiva: no es él quien ha pecado, pactando con Satán, como sus enemigos pretendían, sino que son ellos los que, por su falsa acusación, han cometido *un pecado imperdonable*. La transición a este contraataque de Jesús resulta brusca, pero cuadra bastante bien dentro del contexto de Marcos.

El «amén» («en verdad») con que se inicia este pasaje (3,29) expresa una gran autoridad. Esta fluye de la visión de 3,27 donde Jesús aparece como portador de un poder sobrenatural decisivo en la lucha escatológica contra el diablo. Más aún, la promesa de perdón de los pecados que sigue al «amén» puede entenderse como uno de los frutos de la victoria del Más Fuerte sobre Satán. Pero esta promesa de perdón universal («todo se les perdonará a los hombres» [3,28]) viene inmediatamente matizada: no habrá perdón contra aquellos que pequen «contra el Espíritu Santo» (3,29). El judaísmo afirmaba que existen pecados que no pueden perdonarse: Mc 3,28-30 encaja bien en esta teología judía de la expiación: todos los pecados son perdonables, excepto la blasfemia en contra del Espíritu, es decir, excepto el rechazo de la revelación definitiva de la voluntad de Dios en Jesús.

Pero, según Marcos, ¿en qué consiste, más precisamente, este pecado imperdonable que es la blasfemia contra el Espíritu? Esta pregunta y su contrapartida existencial («¿habré cometido yo ese pecado?») han torturado a lo largo de los siglos a los cristianos más sensibles. Pues bien, desde el contexto de Marcos, vemos que el pecado contra el Espíritu Santo es un tipo de oposición total y maligna a Jesús, una oposición que invierte y niega toda la evidencia de su poder sanador diciendo que él, Jesús, está poseído por el demonio (cf. 3,22.30).

Esta acusación de que Jesús está poseído por el diablo es «la blasfemia en contra del Espíritu Santo», porque, según Marcos, la verdadera fuente del poder que actúa en los milagros y exorcismos de Jesús no es un espíritu impuro, sino el Espíritu Santo, el poder de la nueva edad de Dios. El hecho de interpretar esta acción liberadora de Dios, de un modo perverso, como una obra del diablo, muestra una identificación tan completa de «mi propio yo» con las fuerzas de la destrucción (e indica tal oposición a las fuerzas de la vida) que no queda ya ninguna posibilidad futura de restauración.

En el contexto vital del evangelio, parece que la acusación de haber cometido el pecado imperdonable constituye un tema habitual de disputa entre la comunidad de Marcos y sus oponentes. Este pasaje comparte vocabulario y temas con 2,6-10, donde Jesús es acusado de blasfemia; también está cerca de 14,53-65, donde le arrastran ante un tribunal y le condenan a muerte por la misma acusación, y de 13,9-13, donde se dice que algunos miembros de la comunidad de Marcos son llevados ante los tribunales y condenados a muerte, aunque son ellos quienes poseen el poder del Espíritu Santo.

- 3,31-35: Habiendo vencido a sus más virulentos oponentes, que son los escribas, Jesús se dirige ahora a sus «enemigos más íntimos», los de su propia familia, cuyo enfrentamiento con él ha quedado interrumpido por la intervención de los escribas. Nuestro pasaje describe a los parientes de Jesús como *hoi par' autou* (literalmente «los que están a su lado»: 3,21), pero describiéndoles como personas que se encuentran *fuera* de su círculo mesiánico. Este estatus queda físicamente simbolizado al decir que ellos «están fuera» (3,31), fuera de la casa mencionada en 3,20. Este emplazamiento no es solo un artificio formal, sino que es un rasgo emblemático de su oposición a la voluntad de Dios (cf. 3,35). En vez de responder a la llamada de Jesús, estos familiares intentan «llamarle» para alejarle de su misión. Irónicamente, los mismos parientes que en 3,21 han dicho que Jesús estaba «fuera de sí» (fuera del estado de salud humana normal) son presentados ahora como los que están realmente fuera; así aparecen en paralelo a los oponentes de Jesús, de los que se dirá en el próximo capítulo que son los que

«están fuera» (4,11). Esta descripción de la oposición familiar resultará muy significativa para los miembros de la comunidad marcana: ellos conocen bien la manera en que las preocupaciones de familia pueden tentar a los cristianos, inclinándoles a abandonar su misión: ellos han experimentado la penosa necesidad de tener que cerrar bien los oídos ante este canto de sirenas.

A Jesús le anuncian la llegada de su madre y sus hermanos. Pero él no solo rechaza someterse a sus pretensiones, sino que vuelve los ojos hacia la multitud que le rodea y declara que su madre, sus hermanos y sus hermanas son quienes cumplen la voluntad de Dios. Tal afirmación implica que las personas que integran aquella multitud cumplen obedientes la voluntad divina y constituyen su verdadera familia. Las palabras de Jesús quedan reforzadas de modo intertextual al precisar la descripción que la gente está sentada «alrededor de él» (3,32) o «a su alrededor en corro», imagen que evoca a un patriarca rodeado por sus hijos (cf. Sal 128,3 y Job 29,5 en la versión griega).

De esa manera, tanto el simbolismo del contexto narrativo como el dicho conclusivo de Jesús le presentan como *el centro de un nuevo «círculo familiar»*. Aunque no se afirme expresamente, este círculo parece estar formado por aquellos que escuchan la enseñanza de Dios, pues cuando en Marcos hay una multitud que se forma en torno a Jesús es, ordinariamente, para escuchar su palabra (cf. 2,2.13; 4,1-2; 6,34; 8,33; 10,1). Los que van para ser curados no se sientan tranquilamente en torno a él, sino que se abalanzan locamente sobre él. De esa forma, Mc 3,31-35 conduce al siguiente capítulo del evangelio, no solo por su contraste entre los de dentro y los de fuera, sino también por su tema, que es el de escuchar la voluntad de Dios (4,1-20).

En la afirmación conclusiva (3,35), Jesús declara que aquellos que cumplen la voluntad de Dios son sus hermanos, hermanas y madres. La mención de los hermanos espirituales de Jesús tendría una resonancia especial entre los lectores de Marcos, ya que los primeros cristianos se relacionaban entre sí como hermanos y hermanas. Pero la visión de Jesús, que mira a su grupo, sentado en torno a él, contiene una dimensión nueva: la mirada de Jesús es *una mirada creadora*; no se limita a registrar la existencia de una familia escatológica, sino que hace que esa familia empiece a existir, a través de una mirada que se apodera de las personas y que de esa manera expulsa o destruye el poder del Diablo.

En Marcos, la iniciativa divina incluye, y no excluye, *la acción humana*, dado que, según 3,35, «los hermanos, hermanas y madres» de Jesús son quienes hacen la voluntad de Dios, escuchando la palabra de Jesús. Pero, si algunos seres humanos, a diferencia de lo que pasa con aquellos que están sentados en torno a Jesús, no hacen la voluntad de Dios ¿quién es el responsable? La culpa de no atender a la palabra ¿proviene de la negligencia culpable de los hombres, de la intervención satánica y/o de una misteriosa forma divina de organizar las realidades humanas? Las parábolas del capítulo siguiente profundizarán en este tema, desarrollando a través de ellas el «misterio del reino de Dios» (4,11).

Paso 1 **Lectio**: ¿Qué dice el texto? Atiende todos los detalles posibles. Imagina la escena. Destaca todos los elementos que llaman la atención o te son muy significativos. Disfruta de la lectura atenta. Toma nota de todo lo **que** adviertas.

Paso 2 **Meditatio**: ¿Qué me dice Dios a través del texto? Atiende a tu interior. A las mociones (movimientos) y emociones que sientes. ¿Algún aspecto te parece dirigido por Dios a tu persona, a tu situación, a alguna de tus dimensiones?

Paso 3 **Oratio**: ¿Qué le dices a Dios gracias a este texto? ¿Qué te mueve a decirle? ¿Peticiónes, alabanza, acción de gracias, perdón, ayuda, entusiasmo, compromiso? Habla con Dios...

Paso 4 **Actio**: ¿A qué te compromete el texto? ¿Qué ha movido la oración en tu interior? ¿Qué enseñanza encuentras? ¿Cómo hacer efectiva esa enseñanza